

LA HOGUERA SORORA POR TIRIA

Fair is foul and foul is fair

Tres feas viejas brujas revuelven y giran, giran y revuelven. La niebla, el humo y el vapor que sube del caldero desdibujan y desfiguran los rostros, las voces y hasta el aire. Ellas revuelven y giran y se mezcla todo. Lo bello es repugnante, (o lo justo es tramposo), y viceversa.

Pienso en las brujas de Macbeth, y en los movimientos feministas/de mujeres. En las mujeres feministas. En las nietas de todas las brujas que nunca pudieron quemar. En las que quemaron. En las que son quemadas. En las que queman. Brujas de Macbeth y movimientos feministas ambiguos, crípticos, confusos. No sin cierta lucidez. No sin conciencia. No sin vértigo. No sin verdades como ríos, constantes, fluyentes, frescas. Pero la velocidad y la repetición y la fuerza del giro, de la niebla, del vapor y el calor del fuego marean, confunden y hacen más espeso el aire que intentamos respirar. Las apariencias engañan y las mujeres arden. Arden y hacen arder.

Hover through the fog and filthy air

Las mujeres. Las brujas, las conventilleras, las gritonas, las irracionales, las manipuladoras, las mentirosas. Las buenas no hay, pero si hubiera también arden. Y también hacen arder. Arden las rodillas en el patio del recreo, de raspones y caídas y golpes respetables, en casa de sus padres hoy no están querés venir un rato y arde y quema la primera penetración que marca el ganado del lado de adentro como propiedad para siempre del sexo penetrador y consagra para siempre jamás la idea de que ese ardor es agradable y ese dolor es placer y esa invasión es amor y arden los ojos de la cebolla en la cocina y de los sueños en el olvido y arden los pezones cuando se prenden al principio y cuando sube la leche y arde la hornalla para el agua para un té o un mate y romper en llanto con alguna amiga y contarle del miedo y del cansancio de la vida de todos los días. Y arden las mujeres en los Registros Civiles, cuando firman su capitulación sonrientes, anticipadamente felices por el mármol sellado sobre sus cabezas al que aceptan llamar familia o futuro o amor, y arde el anillo de fuego cuando vienen las contracciones más poderosas, segundos antes del nacimiento, y arden las mujeres cuando no vivieron felices para siempre y él la roció con nafta porque la miró otro tipo y a él no le gustó. Siempre hay fuego y arde siempre. Siempre el humo y el girar nos confunde.

Como podemos “sobrevolamos entre la niebla y el aire fétido” que es el sistema heteropatriarcal. En esa lucha terca por la supervivencia, tratamos de mantenernos lo más limpias posibles, lo más sueltas, lo más lejos de las llamas que se pueda. Como si hubiera paz para las mujeres. Como si fuera posible la paz feminista en este océano de carroña, entre estos restos canibalizados de nosotras mismas desperdigados a lo largo de este campo de horror y muerte que

parece nuestro paraíso y nuestro retiro espiritual. En el movimiento de mujeres/en los movimientos feministas se escribe hasta la náusea de la sororidad. Pero *fair is foul* y *foul is fair* y a veces la sororidad macbethheada llega hasta las mechas de las hogueras donde nos hacen arder.

Y nos parece que hay buenos motivos para prender fuego mujeres, por ahora solo a nivel metafórico. Pero denos tiempo. Denos pseudofeminismo liberal del empoderamiento elegido unos meses más, denos feminismo inclusivo de mi novio es el más feminista del mundo un ratito más, denos mucho academicismo queerpost-todo y mucha marcha de las putas y mucha apología de la prostitución feminista y mucho clip publicitario proxenetista desde el feminismo y ya vamos a llegar.

Por ahora es palabras. Rumores, insinuaciones, chismes, acusaciones falsas, variaciones sutiles pero claves, deformaciones de la verdad, interpretaciones y juicios agregados al relato. En sí, cada mujer no hace mucho daño. Pero entre las tibias y neutrales que no se atreven a hacer más que aplaudir la llamarada más fuerte, más macha, más ganadora y las inquisidoras que esparcen el rumor y las versiones y vociferan y exageran y arriman leña al fuego, hacen bastante daño. *Character Assassination* se llama en inglés. O *Trashing*. Habría que llamarlo La Hoguera Sorora.

Será que somos ilusas a veces. Será que a veces somos como pueblos de la antigüedad. O como niños. Pensamiento mágico, mítico. Será que nos parece que con un sacrificio, si pudiéramos tirar a una a las llamas, las otras quedaríamos igualmente purificadas que si hubiéramos pasado por ese fuego. Será que la fragilidad de nuestra mujeridad, de nuestro feminismo, de nuestras certezas, será que el poder de nuestras contradicciones (las muchas contradicciones que cualquier feminista tiene si no vive en Marte) nos hace ver todos los defectos afuera, en las otras, que como dice todo el mundo, son mujeres. Y las mujeres SON charlatanas, mentirosas, manipuladoras, celosas y sobre todo, peleadoras. Es curioso, *fair is foul* porque Helena de Troya no invadió a nadie porque quería estar con un chico. Ninguna mujer entró a un bar y mató a veintisiete personas. Jamás. Pero bueno. Así SON las mujeres o eso nos gusta creer apenas hay un conflicto con otras mujeres. Porque nos parece que va a ser más fácil PARA NOSOTRAS alejarnos de la hereje y que arda. Nos parece que es más barato para nosotras no preguntar, no insistir, por lo que más quieras, ninguna quiere DEFENDER a una mujer a la que estamos quemando.

Double, double toil and trouble

Como es evidente, este razonamiento que no razona, este antirazonamiento tonto y suicida que hacemos lleva a “primero vinieron por los judíos”, porque no hay premio por perder, y exterminarnos es perder. Destruirnos entre las mujeres no es ganar. El sutil canibalismo de la Hoguera Sorora no es ganar.

Hay ríos de tinta sobre el concepto de sororidad en el feminismo. Sería algo así como una ética de/entre mujeres, entre otras cosas que hay descrito tantísimas feministas. Muchas palabras y mucho análisis y sigue pareciendo oscuro, indefinido, fluctuante. Como el aire alrededor de las tres brujas que revuelven, entreverado y agobiante. La Sororidad. Mucho trabajo y mucho problema. *Toil y trouble*.

Para empezar, deberíamos empezar a entender que no es requisito imprescindible ser amigas, sonreír o estar siempre de acuerdo. No es ni siquiera requisito. Es apenas una mentira zonga tan impuesta como el inalcanzable estándar santa/puta o el igualmente inalcanzable príncipe azul. Las feministas sabemos que hay trampa en todos los premios del patriarcado. Lo sabemos. Concienzudamente nos lo repetimos, porque lo que más queremos es hacer las cosas bien. Y sabemos que sería muy imbécil confiar en lo que de nosotras dice nuestro opresor. Algunas falsas escrituras nos son más fáciles de desechar. Pero estamos llenas de puntos ciegos, de intocabilidades, de ganas de que sea todo mentira y en realidad no vivamos en un mundo que nos odia con el odio especial con que se odia a las mujeres en un patriarcado. Nos cuesta mirar descarnadamente nuestra cama, nuestra pareja, nuestra sexualidad y nuestro feminismo. No nos animamos a saber todo lo que sabemos y, por eso, nos hacemos algunas trampas. Una de ellas es creer que somos un fracaso si no nos invitamos a pasar las noches en pijamadas pintándonos las uñas de violeta y cantando las consignas más edulcoradas del feminismo en karaokes de youtube. No lo somos. No somos las caricaturas macabras y deformes de nosotras mismas que aparecen en la tele posando, entrenándonos a posar, diciéndonos que así somos, que así debemos ser, que así se es. No llevamos una canasta de pastelitos caseros cuando alguien se muda a nuestra calle, no fuimos porristas en la prepa ni nada por el estilo. No somos ningún spot del día de la mujer que hayan visto en la televisión. No es color de rosa. No sangramos azul fluorescente.

Somos humanas adultas de sexo femenino. Es decir, mujeres, a falta de una definición mejor. Y estamos, porque desde que nacimos somos puestas en encierro, encerradas. No sé si todas el mismo encierro, pero todas encerradas. Intentando desencerrarnos, abrir un poco, enfriarnos la tráquea con el aire que entra, que entra tan poco, porque acá no se puede respirar y no se puede vivir. (Hace tanto que estamos intentando desencerrarnos y es tan difícil, que a veces nos parece que estamos encerradas desde siempre. Pero no es desde siempre. Es importante que recordemos que no es desde siempre, porque corremos el riesgo de comer mucho dios con eso de que si algo es desde siempre por algo es que es, entonces capaz salimos por desvíos complicados como que el sistema que oprime a una clase -o grupo o categoría o lo que sea que seamos que a veces ni eso sabemos, porque nos están enloqueciendo desde hace tanto que parece

que fuera desde siempre- es “natural” o un destino o el plan perfecto de una entidad superior o maldades por el estilo.

Así que no es desde siempre, pero es desde hace bastante, lo suficiente como para que nos hayamos dado cuenta o nos estemos dando cuenta que no es un buen plan, es decir, que nos es imprescindible o al menos nos vendría bastante bien que pudiéramos hacerlo un poco mierda, y al menos hacer todo lo posible para no colaborar, es decir, desafiarnos todo lo que podamos).

Casualmente, entre las cosas en las que quizás sería bueno que nos esforzáramos es en no colaborar con nuestro verdugo, 9 de cada 10 feministas respetables incluirían la sororidad o algún concepto similar. Y parece muy obvio y bastante inteligente. Pero el problema sigue estando en cómo transitamos la línea que parece ser muy delgada entre ser sororas y ser nenitas lindas que no se animan y la línea igualmente delgada entre ser seguras de nosotras mismas y huir de la caricatura y reproducir las violencias que condenamos y que nos unen. Porque, de nuevo, sin perjuicio de que podamos construir relaciones de afinidad, relaciones amorosas, relaciones de lo que sea entre nosotras, lo que tenemos en común no es una cosa alegre. Es una condición de opresión, nos une una violencia. Nos une un horror. Nos une un infierno. Nos une el fuego. Qué podemos llegar a hacer con eso, qué han hecho otras con eso, son dos pesos aparte. Pero venimos así. No es una cosa fácil oponerse a algo que está en todas partes y tiene casi todo.

En esa situación desventajosa, me parece que sin dejarse escupir en la boca si a una no le gusta que le escupan en la boca, tendríamos que intentar concentrarnos en que nos une la pertenencia a un grupo oprimido y que sería más seguro no dejar de identificar como enemigo al grupo opresor.

No estoy diciendo que el colaboracionismo no sea de las cosas más despreciables que se pueda ser, estoy diciendo que mientras alguien te tiene desde hace 6 mil años con la cara aplastada entre una baldosa helada de un lado y la tierra pegoteada en la goma de su bota del otro, quizás no sería una buena idea que dedicáramos nuestras últimas o, al menos, nuestras poquitas fuerzas a pegar grititos, porque una que parece que cree, o que está, nomás, un poco más cómoda que nosotras, no nos convidó de su merienda.

No estoy diciendo que hay que confiar en quienes no se puede confiar. No se puede confiar en una colaboracionista, pero tampoco podemos gastar, así, feo como suena, gastar energía ni tiempo ni recursos en colaboracionistas. Quizás suene duro, pero no lo es. Duro es #UnaMenos, duro es “murió empalada”. Duro es estar más dispuesta a echar leña sorora que a quemar sillones y despachos. Y machos fachos en sus despachos.

Me parece que capaz nos ofende demasiado, desmedidamente, no digo incomprensiblemente, digo que no es prioritario, pero nos parece que tendrían que ser menos desgraciadas y nos ponemos borde. No es lindo el colaboracionismo, no. Da bronca. Obvio. Pero la colaboracionista colabora con nuestro Otro, nuestro distinto, nuestro patrón, nuestro patria, nuestro patriarca. El problema raíz es ese. Él. El patrón, la patria, el sistema patriarcal. Íbamos a la raíz nosotras. Dijimos.

Hay que mezclarse menos, curarse un poco de que tenemos que ser todas mejores amigas e ir juntas al baño dando saltitos como idiotas, asumir que somos gente y que ni nos vamos a querer todas, ni tendríamos por qué, porque no somos una raza especial etérea y mística, que destila cariño, ternura especial y aura de maternidades arrullos y sana sana. Tenemos derecho a caer mal también, no se cae el mundo y no le debemos sonrisitas y ademanes de cortesías a nadie, ni a los tipos, por supuesto, eso por encima de todo, porque es parte constitutiva del encierro seismilañero, ni a las mujeres. Y menos a las colaboracionistas. Mimitos no, no es necesario y hasta es infantilizar el feminismo como acción política, no estamos juntas porque nos gusta el mismo tono de tinta para el cabello, pero tampoco hoguera. La incertidumbre adentro del espiral vertiginoso de sopapos metafóricos y/o literales es inmensa y nunca se sabe lo que puede pasar. Si empezara a listar las cosas increíbles que me sucedieron en los últimos años, increíbles nivel película de acción, de cine catástrofe, de drama social, de largo de profunda reflexión dramática, de sátira política, de *mockumentary* y mucho especial de estándar, las primeras diez serían descartadas por increíbles. Nunca se sabe lo que puede pasar. En la vida real. En la trinchera posmo de hoyes más o menos parecido. Nunca se sabe. Capaz ardemos o somos hechas arder. Depende de tantas cosas. Pero nosotras no quemamos mujeres. La sororidad de mínima es eso. Nosotras prender antorchas, no. Todo lo demás, lo vamos viendo. Me parece.

Hace un tiempo, cuando empecé a intentar escribir algo sobre este asunto (sigo en eso), aparecieron -con dos o tres días de diferencia- tres campañas de denuncia de abuso a tres mujeres, lesbianas, feministas radicales y abolicionistas con quienes comparto espacios virtuales hace unos años. Denuncias separadas a tres mujeres diferentes. Lesbianas las tres. Mujeres que “conozco”, en la medida en que se puede conocer a alguien acá en la Trinchera Posmo de la Interné. Y, como el tornado que destruyó una ciudad en 5 minutos, en un instante pasó y se llevó todo. O casi todo. Al menos eso me pareció. Que el humo de la hoguera sorora apagó todo el aire y entró el silencio, la distancia, el exilio.

Hace unos días, cuando retomé este texto para seguir trabajando en él, me topé con una descripción vivencial del tratamiento especial que estamos más dispuestas a darle a las feministas lesbianas que a los caballeros y fembots

lesbofóbicas (otra redundancia) que un día sí y otro también nos vampirizan y absorben hasta consumirnos.

“If you’ve been involved in online feminism over the past couple of years, you’ll almost certainly have experienced that surge of panic, the sickening dread and the racing pulse, as your phone explodes and your notifications go into overdrive, message after message tumbling in to tell you what an abominable human being you are”.

Still trashing (<https://rebeccarc.com/2015/07/04/still-trashing/>)

Es así mismo como se siente ese pánico-vértigo, el latido acelerado, las pulsaciones, el vibrar de las notificaciones marcando cada puntada, cada instante sin aire en que mensaje tras mensaje y lucecita más lucecita te enterás que esta vez te toca arder.

Gracias al estrés postraumático que cada vez más mujeres sufrimos (los millones de niñas y mujeres en prostitución por ejemplo, presentan niveles de estrés postraumático superior a prisioneros de guerra y otras víctimas de tragedias similares, pero muchas otras mujeres “normales” también los presentan, por ejemplo los millones de mujeres víctimas de violencia a manos de los hombres de sus vidas, entre otras) muchas veces los efectos de estas quemaduras o purgas de fuego sororario. ordeal by fire inganables, se reproducen y multiplican, con lo que quizás se explique que leer las crónicas de las denuncias de esos días contra esas tres feministas radicales lesbianas me provocó reacciones similares a las experimentadas cuando el círculo rojo estaba dibujado en mi cara y no en la de ellas. Aturdida, leyendo comentarios y mensajes pero oyendo un zumbido. Mareada y en shock, me puse a pensar en algo para decir, pensando que si me toca fuego, al menos ya lo conozco, metafórico y literal.

Pensé en lo frágil de los acuerdos y afectos y confianzas en esta era pos-todo. Pensé y me pregunté y me pregunto cómo en el fondo -y en el frente y en todos lados – estamos esperando una excusa para prendernos fuego. Nos sirve cualquiera. Nos creemos intocables, perfectas, intachables. Nos declaramos aliadas, amigas, compañeras, hay quien dice hermanas y todo HASTA que algo no nos guste y olvidate del beneficio de la duda, olvidate de la piedad que nos debemos porque sabemos lo rotas que estamos, olvidate de lo que nos une. De golpe lo único que importa es que hubo un disenso, una falla, una “impura” y a purgar.

Y ni siquiera se aplica a las acciones exclusivamente. Condenamos por duda, por velocidad de reacción, por silencio. Capaz alguien no dijo lo que nosotras esperamos que dijera (no le decimos nada, no hablamos, tiramos todo porque lo

único que importa es marcar nuestra moral superior, pensamos YO NUNCA HUBIERA HECHO lo que hizo Fulana (o lo que dicen que hizo fulana, me sirve igual porque a alguien tengo que quemar y mejor Fulana que yo)) y así nomás, sin dudar un segundo, la ponemos del otro lado de un alambrado que no existe.

Debe ser que yo aprendí hace rato que hasta la más Heidi de la montaña puede ser una basura y que hasta la más hermosa Reina de la Belleza y la Perfección tiene -o puede tener – muertos en los placares. Porque somos gente. Cuando digo que no somos unas putas y que no somos unas santas, yo al menos, lo digo en serio. Con todo lo que eso implica.

Con lo implacable y con lo ingenuo, porque yo sé que suena ingenuo. Mujeres que nunca nos vimos la cara. Que vivimos en países diferentes. Que capaz vivimos en el mismo país pero nuestras vidas son tan diferentes que daría lo mismo si estuviéramos en planetas diferentes. ¿Cuántas veces una feminista profesional me ha llamado y me ha tenido colgada una hora al teléfono contándome sus problemas livianitos y simplísimos mientras yo pienso cómo pago las cuentas, cómo paro de llorar, si vale la pena vivir o no? ¿Cuántas veces he pensado que somos de galaxias diferentes? ¿Qué carajo podremos tener en común todas, tan diferentes?

¿Es ingenuo suponer que nos conocemos, que nos respetamos, que -ponele-nos queremos? Y un poco sí. Desgraciadamente sí. Pero hacemos esa “suspensión del descreimiento” como cuando vamos al cine y sabemos que la persona es un actor pero “hacemos de cuenta” que creemos que es un asesino. Vos dirás “bueno, pero todo tiene un límite” y yo diré “claro, pero ¿cuál es?”

¿Cuál es el límite de mi respeto por cualquiera de las mujeres de acá? ¿Cuál debería ser mi límite? ¿Estoy siendo muy “buena” de más con unas y muy mala con otras? (en este caso con las mujeres que aliadas a machos y trans y mujeres misóginas colaboracionistas promotoras del proxenetismo -no se puede ser ingenuas en esto, está pasando ahora- ponen fotos con nombre y en el caso de una de ellas fotos desnuda y comparten entre la gente que TODOS los días se dedica a insultarnos, descalificarnos y a las que están en el mismo lugar, agredirnos físicamente y amenazarnos en patota, en turba violenta de muerte).

¿Ante qué rumor o percepción o “me dijo algo que no me gustó” corresponde que la pase a la lista de “las malvadas”, las quemables (las mierda, digamos)? ¿Qué le debo a cualquiera de ustedes si mañana me llega un mensaje de que comieron bebés en una ceremonia satánica? ¿Nada? ¿Lealtad ciega? ¿Al revés, juicio sumario? ¿Una pregunta? ¿Algo?

¿Depende de qué? ¿Vale más la nacionalidad? No sé. ¿Vale más la cantidad de

mensajes privados que compartí? No sé. ¿Vale más “la vida real”? (Es decir, ¿le debo más confianza a la mujer que vi en persona alguna vez?) No sé. ¿Vale más que me gusta cómo escribe? No sé.

¿Vale más el tema? Si es una denuncia de abuso sea contra quien sea, ¿tengo que prender la mecha? Porque a las víctimas se les cree, porque eso es lo que dicen los machos cuando los acusamos, que hay denuncias falsas. Y nosotras decimos que no, que habrá alguna, pero que en general cuando una mujer denuncia, es cierto.

Eso lo tenemos enmarcado en las denuncias de mujeres a varones. Y como también decimos a CADA RATO, todas, no, no es LO MISMO mujeres que varones. No es lo mismo denunciar a un tipo en cuya pija colgante descansan amenazantes seis mil años de poder que a una torta anarcovegana y abolicionista que mochilea sin un mango por América Latina. No es lo mismo el abuso implícito, enraizado, estructural entre un macho y una hembra humana que el episodio de violencia entre pares, por eso decimos que está mal hablar de “vínculo tóxico” en casos de la mal llamada “violencia doméstica”, porque no son “los dos”, porque hay una parte de “los dos” que es la bota y otra parte que es la cara aplastada por la bota contra el piso. No es “un tema de los dos” una relación violenta. Hay un responsable y es el agresor, el privilegiado, el macho violento.

Pero no es igual el tipo que me quiso ahorcar a los 15 con la nena que me tiró arena en los ojos en el patio del recreo cuando estaba en el kinder. (Quien quiera leer acá una apología de la violencia o una relativización de la misma no va a cambiar de opinión porque yo lo ruegue, así que nada puedo hacer). ¿Cómo medimos y cómo juzgamos la violencia entre mujeres? ¿Igual? “Igual, venga de donde venga” ¿Sí? Porque eso también nos dicen y eso también negamos. ¿Dónde está el criterio? ¿Quién lo fija?

Decimos que cuando una mujer denuncia, es cierto. Pero a veces no es. ¿Y ahí qué hacemos? Yo sé lo que es que te hagan una campaña (en mi caso virtual) de denuncia falsa. No me lo contó nadie. Una chica de California que hospedé en mi casa -*sisterhood is powerful*- me acusó en diversos espacios de abusar psicológicamente de mi hija. Pasé meses durmiendo mal y comiendo peor y aterrada en ráfagas constantes de insultos y amenazas. ¿Cómo probás que una acusación es falsa SI ES FALSA?

Quien tenga una respuesta rápida y fácil para cualquiera de estas preguntas probablemente vaya a vivir esta desesperación cuando le toque porque si es así, nadie está exenta o viva demasiado cómoda en una ilusión de intachabilidad que la mayoría de nosotras acá en el barro de la vida desconocemos.

Hay que prenderlas fuego. Hay que avivar la hoguera. ¿Y si no la prendo, porque no quiero, porque no estoy segura, porque no me animo, por lo que sea, debe ser prendida conmigo también?

Y bueno. Que sea. Una sororidad de hoguera tampoco era un lugar muy hópito.

Y ya que voy a arder por transitiva, aprovecho para agregar que así como no dejamos y con razón que los tipos opinen sobre las mujeres “malas”, sobre las que tiramos un bebé en un contenedor, sobre las que le partimos un ladrillo en la cabeza al tipo que nos cagó la vida, sobre las mujeres “que son peor que los varones”, también nos gusta pensar que somos todas iguales. Y no lo somos. No lo podemos decir mucho porque nos cachetean con la interseccionalidad y a los cinco minutos resulta que no existe el patriarcado porque todas nos cruzamos en opresoras y oprimidas. Pero no lo somos. Y el silencio y la invisibilización de las lesbianas, como pasó con las mujeres negras víctimas de abusos por sus machos y que se tragaron solas para no “desprestigiar” a la población afro, tiene este precio.

Este precio es que no sabemos cómo manejar la violencia entre mujeres porque nunca dejamos que las mujeres que se relacionan con mujeres lo pudiéramos hablar, entre nosotras primero, sí, claro, como el derecho que tiene cualquier grupo oprimido a tratar sus asuntos en espacios seguros, y para afuera también. Porque nos fuimos barridas abajo de las alfombras. Hasta que sale algo así y entonces vamos a lo conocido que es la hoguera sumaria. (Esta reflexión parece fuera de tema pero no lo es, porque aunque en este caso hasta donde yo sé no se aplica, es cierto que tenemos muchas mujeres víctimas de abuso por parte de mujeres y que no hemos hecho nada con ellas más que revictimizarlas y esconderlas, es decir, más que seguirles dando palo).

Hay gente de ambos sexos que no tiene mucho corazón. Eso lo sé. Y hay gente que capaz se pasa de sensible. También lo sé. En el medio cada una está donde pueda. Y yo tengo (y tendré) mis pecados (a falta de una palabra mejor) y no lo digo livianamente PARA NADA -lo digo con la gravedad atroz que tiene- pero entre esta neblina y este fuego cruzado y locura como la escena del principio de Rescatando al Soldado Ryan -mírenla de nuevo porque estamos ahí-, en este sálvese quien pueda, yo prefiero errar por el lado de la piedad y por apegarme a la única regla que puedo imponerme en esto, sabiendo lo que sé (no sabiendo lo que no sé) que es yo no quemar mujeres.

Prefiero el silencio, prefiero la soledad, prefiero la injusta acusación de encubridora. Capaz porque puedo vivir con eso, fijate que desde que me conozco “soy” una puta una loca una yegua una conchuda. Puedo vivir con más odio (de mujeres) encima, lamentablemente. Porque en definitiva, es cosa de ellos (de

ellas, acá creo que igual va el masculino “genérico”).

No puedo controlar el desprecio ajeno. Y no puedo (siempre intento y ya sé que no puedo) convencer ni probar ni nada porque cuando alguien decide que vas a la hoguera, no quiere pensar en otra cosa, quiere verte arder (porque así somos, también). Es un deseo triste pero pulsátil, fuerte, desesperado. Es desaforado.

Cada tanto, me sigo comiendo alguna sesión de hoguera sorora. Cada vez menos, porque la distancia es el manto de paz que no sabemos crear solas. Pero nunca faltan. La verdad es que no me motiva mucho alimentar la misoginia y lesbofobia internalizadas de mujeres que priorizan su programación y su comodidad por sobre sí mismas y otras mujeres, así que en general me defiendo un poco pero en realidad más bien dejo pasar la oportunidad de esgrima conceptual a ver quién tiene el feminismo más largo. No me interesa.

No desprecio al feministómetro, al contrario. Ya es claro que es más que necesario dedicar trabajo y esfuerzo consciente a no perder el tiempo, el aire y la vida en farsas que para eso ya tenemos el amor romántico, el Estado y la familia. Lo que me interesa rescatar al respecto de esas experiencias es alguna reflexión sobre la sororidad, los conflictos y lo personal es político. Lo personal es político. Claro. Pero cualquier ataque personal no es una crítica feminista. *La perra esa es una hipócrita* no es pensamiento feminista. De modo que "lo personal es político" no es una tarjeta que se puede sacar para tener licencia de acosadora. Y menos si olvidamos que "lo personal es político" quiere decir también que debemos fijarnos si nuestras relaciones y conductas y hábitos son solo "cuestión de gustos" si son "naturales" y si no será posible que lo que te dijo la maestra no sea cierto. Que capaz no naciste con vocación innata de felar señores. Las zancadillas no son feminismo. Son pelea en el barro. Y por algún motivo cada vez veo más clara la relación entre estas confusiones y la invisibilización del lesbianismo, la ignorancia sobre el lesbianismo como acción y elección y declaración política, la lesbofobia y la sororidad mal entendida, entendida más bien como antorcha. No son conflictos abiertos, expuestos, directos. Pero siguen estando.

En la raíz de nuestros conflictos “internos”, entre nosotras, están las contradicciones sobre nuestra vinculación con nuestros opresores. Cuesta, duele, nos gustaría que no fuera así. Pero lo es. No somos tan honestas, tan abiertas, tan entendítodo como nos gustaría. Cuando algo nos interpela, cuando un discurso nos afecta, saltamos entre la ofensa, el grito de indignación y el fósforo pronto, aullando acusaciones para distraer del hecho de que vamos a hacer arder a alguna. Nos deformamos, argumentamos lo que combatimos todo el día. Como si no supiéramos que ninguna feminista regula ni decreta el deseo, porque el feminismo es liberación de las mujeres. Y menos las radicales que somos las

únicas feministas que postulamos cuestionarlo TODO. Inclusive lo que deseamos y lo que hacemos. Pero hay que bancar lo que pasa. No es un feminismo de palmadita en el hombro. Es un feminismo *not the fun kind*. A veces nos toca cuestionar cosas que no queremos cuestionar. Ninguna feminista jamás aceptaría que cuestionar el sistema NO implica también cuestionar las prácticas propias. Y ninguna feminista de más de 11 años puede suponer que no habrá contradicciones entre lo que una "opina" y lo que una vive.

Habiendo dicho eso tampoco es licencia vitalicia. En algún momento hay que hacerse cargo de las contradicciones propias. Yo rompí con muchas cosas que tenía "pre-aprendidas" pero le perdonaba la vida a algunas "vacas sagradas" (bueno, vacas sagradas macho porque eran aspectos de las relaciones con varones o cosas concretas que algunos varones hacían y que yo "perdonaba" "excusaba" "comprendía" etc., así que llamémosle toros sagrados) que me llevaron mucho más tiempo y gran dolor. Que simplemente no podía reconocer. A veces pueden más las ganas de "querer" que algo sea posible. Y yo creo que la mayoría de las feministas tenemos ganas de que sea posible. Como dice Dworkin creemos que pueden ser gente "contra toda evidencia" (personalmente creo que ya no creo eso tampoco, pero tá). No es raro eso. Pasa todo el tiempo. Pero hay que ser conscientes de que lo hacemos. De que hay esas contradicciones. Negarlas o silenciarlas hace estéril al feminismo.

Usarlas para destruir feminismo o feministas es una prerrogativa que tenemos. Siempre. Usar todo lo que sabemos para matarnos es parte de lo que podemos hacer. No es lo único que podemos hacer y no es lo más recomendable. En cualquier caso no hay madres superiores para evaluar ni nada de eso. Al final del camino la que está poniendo el cuerpo es la que está poniendo el cuerpo. No importa si le ganaste una discusión a una tipa en internet. No importa si quedaste "bien parada" a costa de hundir y lastimar a otras mujeres. Es lo que tiene esto: somos nuestro propio objeto de estudio por decirlo de algún modo. Al final las consecuencias somos nosotras mismas.

En un sistema que garantiza la dominación de las mujeres por parte de los hombres y que está construido (vamos Wittig) sobre la única premisa fundante de la heterosexualidad obligatoria. En un sistema en el que un tercio de las mujeres de todo el planeta viven violencia física y/o sexual generalmente de parte de sus parejas hombres o ex parejas hombres hay que ser muy suicida (carente de conciencia feminista) para elegir actuar como si el peligro fueran las relaciones con mujeres. El peligro es la heterosexualidad. Estadísticamente sin dudas. El otro día hicimos una lista de cosas que son "consecuencia" de la heterosexualidad y que pueden suceder en la vida de una mujer. Es una lista larga. Peligroso es todo y capaz mañana te pisa un camión pero las relaciones hetero-románticas son peligrosas para las mujeres. Es innegable. Una vez que lo ves es innegable. También está el tema de que a lo largo del camino muchas

cambiamos mucho de opinión. Eso que dicen los fachos de que “son comunistas hasta que tienen plata” o feministas “hasta que se casan” a veces pasa también. Yo he elegido machos por sobre amigas y por sobre mujeres muchas veces. Hay muchas mujeres que hacen lo mismo. Cuestioname todo, sacame todo, pero ESO no. Es lo "natural" en el armado de lo que es "natural" bajo este sistema. No tiene nada de natural. Desafilate. Antes que te mate. Es muy riesgoso ser regalona. Son consejos sororos para la vida. Porque el problema de la sororidad no lo vamos a arreglar fingiendo livianas y frívolas amistades que no existen, cultivando rumores para sacrificar a alguna y salvar nuestro “pellejo” ni mucho menos eligiendo ser nosotras las felices y orgullosas inquisidoras que hacen arder mujeres.

Prefiero el silencio. Prefiero la soledad. Prefiero el exilio.

Prefiero no cortar al nene por la mitad. Prefiero soltar. Prefiero perder. Arder, no hacer arder. No quiero. No me lo permite lo que yo digo que soy y sobre todo, lo que quiero ser. Y si no podemos controlar nada, al menos deberíamos poder controlar eso: nuestros “intolerables”.

Mi intolerable es pedir la cabeza de compañeras, una que jura ser inocente de una acusación que -imaginate si te la hacen a vos- te hiela la sangre y otra que admite y admitió en su momento que actuó mal, en una relación en que las dos mujeres jóvenes actuaron mal, LAS DOS (y no, no es como cuando salen con que la violencia misógina de los varones heterosexuales es un vínculo tóxico de las dos partes porque ahí hablan de una parte que domina el mundo – el macho- y una parte que es un felpudo -la mujer- Acá son dos chicas, misma situación, misma edad, mismo todo, que se trataron horrible).

Mi intolerable es la hoguera. Prefiero el silencio, prefiero el frío, prefiero este exilio. *Foul is fair.*

<https://rebeccarc.com/2015/07/04/still-trashing/>

<http://www.jofreeman.com/joreen/trashing.htm>

<https://we.riseup.net/sapafem/la-existencia-lesbiana-y-el-sistema-opresor>

https://heresialesbica.noblogs.org/files/2014/04/algunas_notas_sobre_el-mentir_adrienne_rich.pdf